

¿ EN QUE CONSISTE el progreso de la humanidad ?

¿ HABITOS TRANSMITIDOS O EDUCACION RECIBIDA ?

POR JACQUES CHEVALIER

(Traducción de T. Hernandez Rojas) (1)

Al interrogante que nos planteamos aquí se opondrá quizás la pregunta preliminar: existe un progreso de la humanidad? Si hubiera de responderse a ella por la negativa, nuestro problema desaparecería. Pero es un hecho que la creencia en el progreso, comunmente admitida durante varias generaciones y que todavía hoy se presenta para algunos como un dogma, ha sido muy quebrantada por los acontecimientos recientes; a partir de la guerra, sobre todo, ha constituido el objeto de severas críticas; la existencia de un progreso humano ha sido puesta en duda por los unos, negada por los otros. La cuestión, que parecía resuelta por el acuerdo tácito de los espíritus, se presenta de nuevo, de la manera más insistente, y no podríamos sin imprudencia o temeridad tratarla por preterición. Necesitamos citar algunos nombres, recordar algunos de los argumentos más fuertes? Es, en 1914, Emile Boutroux estableciendo que el progreso moral, el único que toma en cuenta, no sigue necesariamente al progreso material ni aun al progreso intelectual, y que la ciencia,

(1) Tuvimos conocimiento de esta interesante conferencia, pronunciada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, el 26 de octubre de 1929, y con el deseo de facilitar su conocimiento nos dimos a la tarea de verterla al castellano, a fin de que la Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ofrezca a sus lectores las profundas y jugosas consideraciones que al rededor de tan inquietante problema hace el ilustre conferencista, cuyo nombre es ya bien conocido en el mundo de la ciencia.

en las manos de una barbarie sabia, no sirve sino para multiplicar la barbarie; es Henri Bergson, en el momento de la recepción del premio Nobel, señalando «la desproporción entre el alma de la humanidad, quedada casi tal como era, y su cuerpo enormemente crecido», y mostrando por la experiencia que, «de un desenvolvimiento del conjunto de medios materiales de la sociedad (*outillage social*) no podría salir automáticamente un perfeccionamiento moral de los hombres que viven en sociedad», además, «que un crecimiento de los medios materiales de que dispone la humanidad puede presentar peligros si no está acompañado de un esfuerzo espiritual correspondiente»; es, en Londres, una voz que ha despertado ecos prolongados del otro lado del Atlántico, la del decano Inge de San Paulo, tasando el «progresismo» mitológico, pronosticando para la humanidad futura conflictos de razas, de profesiones, de clases, de Estados fuertemente organizados, que arriesgan anonadarse, y oponiendo como Miguel de Unamuno, al evolucionismo de Spencer y de Darwin la concepción de los griegos, que colocaban la edad de oro en el origen, no en el término de la historia humana, que se alimentaban más de raíces que de frutos, —de raíces reales que de frutos de esperanza— y que soñaban sobre todo con salvaguardar las adquisiciones de la sabiduría humana (1). Todos se plantean para agotar, y nosotros nos planteamos con ellos, la cuestión de saber si hay verdaderamente en la humanidad progreso del espíritu y de los valores espirituales: porque el progreso, nos dicen estos pensadores, es la civilización, y la civilización es el espíritu. Sólo él le suministra su objeto, su dirección y su sentido. Si falta o se pierde, es de temer que, semejante a Saturno, la civilización acabe por devorar sus propios hijos.

(1) *La Nación*, Buenos Aires, 8 y 15 de agosto de 1920.

Sería vano pretender resolver a la carrera estas difíciles y arduas cuestiones. Pero se puede observar que, si el progreso humano ha sido puesto en duda, es porque sus defensores lo había considerado muy a menudo como un progreso lineal, continuo, infalible, que se deriva natural y necesariamente del crecimiento de nuestros conocimientos, del perfeccionamiento de nuestros medios materiales y de nuestra organización misma. Tal es la concepción de Condorcet, quien intenta «mostrar por el raciocinio y por los hechos, que la naturaleza no ha marcado ningún límite al perfeccionamiento de las facultades humanas; que la perfectibilidad del hombre, es realmente indefinida; que los progresos de esta perfectibilidad, en adelante independientes de todo poderío que quisiera detenerlos, no tienen otro término que la duración del globo donde la naturaleza nos ha arrojado». Sin duda, agrega, «estos progresos podrán seguir una marcha más o menos rápida, pero jamás retrógrada», al menos mientras las condiciones de nuestra vida permanezcan *las mismas*: la constancia misma de las leyes de la naturaleza parece asegurarle a las generaciones futuras (1). Pero, contra una tesis tan extremada, tan quimérica y, para decirlo todo, tan simplista, los espíritus que sacan sus lecciones de la experiencia tienen seguramente bonita distracción. Y es aquí a donde traen a manos llenas los argumentos que hemos tenido en cuenta.

Pero una vez descartada esta concepción inadmisiblemente del progreso, la cuestión no está resuelta por tanto, y el progreso mismo, o al menos cierta especie de progreso, que tendremos que definir, no está negado del mismo golpe. En efecto, aún es cierto, según la frase de Pascal, que «toda la serie de los hombres, durante el

(1) *Esquema de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. (Obras de Condorcet, París, Didot, 1847, T. VI, p. 13, 20).

curso de tantos siglos, debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente», al par que el animal permanece «en un orden de perfección limitada» al cual jamás agrega nada (1). Las búsquedas de los sabios contemporáneos no han hecho sino confirmar, precisándola, esta consideración de Pascal. Los actos de los animales son *variables*, al menos en cierta medida, pero no son *perfectibles*. Los animales pueden adaptarse a los medios nuevos en que viven, como se pretende que los perros han adquirido la desconfianza de los automóviles; pero fuéramos de esta acomodación de los individuos de una misma especie a sus nuevas condiciones de existencia, y el acuerdo que necesariamente resulta de ella, no se ve que animal alguno añada nada a sus instintos fundamentales ni al tipo permanente que él representa. Las variaciones del instinto desaparecen siempre con los individuos, sin que la especie aproveche de ellas: en cuanto a la inteligencia animal que, en ciertos casos, colabora con el instinto y explica quizás las variaciones de él, es extensible en estrechos límites, en ciertos individuos, pero jamás es progresiva o acumulativa como lo es, al contrario, la inteligencia humana.

Un ejemplo entre mil hará comprender esta diferencia y nos dará su razón. El excelente naturalista Evan Marvier de Málaga, que, nuevo Fabre, ha pasado más de cincuenta años observando los animales y en particular los insectos, vio una vez, en el curso de sus observaciones (2), una abeja salvaje o *calicodoma* intentando cerrar con una bola de *greda* la brecha que había abierto en el agujero donde depositaba su miel; pero, *esta acción*, no la observó sino una vez, porque

(1) *Fragmento de un tratado de vida*.

(2) *Las Cartas*, noviembre, 1926, p. 325.

los calicodomas ordinariamente continúan llenando, como un tonel de las Danaides, el pote de miel que se ha agujereado, sin darse cuenta de la vanidad de su esfuerzo; y cuando, por azar, el insecto reconoce el daño y lo examina, pártelo abandonando su obra. La abeja observada por Evan Marvier ha dado prueba de una verdadera invención; pero esta invención se ha hecho sin beneficio para la especie, y para el individuo mismo, porque la abeja, después de haber llevado a cabo su hazaña, pareció no comprender su alcance y voló sin haber sacado partido de ella. Acontece de manera completamente distinta en el hombre: una invención humana, aun cuando haya sido provocada por el azar, es inmediatamente utilizada por la inteligencia de aquél que busca y que asecha la ocasión; él saca partido de ella y la entrega a los demás, y ella va a enriquecer el patrimonio de la humanidad pensante. Pascal, para calmar un dolor de muelas que lo tenía despierto por la noche, busca y descubre la solución del problema de la ruleta, y es leyendo el *Tratado de los senos del cuarto círculo*, donde Pascal había consignado su descubrimiento, como Leibnitz, según sus propias palabras, «sacó la luz» de donde brotaron las fórmulas del cálculo infinitesimal, que vinieron a ser después, en las manos de los sucesores, uno de los utensilios de la ciencia humana.

Mas este simple hecho, o, si se quiere, la simple confrontación de estos dos hechos, nos introduce al corazón de nuestro asunto. Existe en los hombres una tradición, en el propio sentido de la palabra, de la cual no encontramos ningún equivalente en los animales. De esta tradición está hecho el progreso humano. Porque esta tradición falta a los animales y porque, en ellos, las adquisiciones individuales se extinguen en cada generación, no hay animalidad, no hay sino animales, y animales que son incapaces de progreso. Por-

que esta tradición existe en el reino humano y porque ella perpetúa en él lo que los individuos han adquirido en el curso de su existencia individual, no hay solamente hombres, sino una humanidad que es capaz de progreso. Digo *capaz*, porque el problema de saber en qué medida y dentro de qué límites la humanidad progresa, permanece planteado. Pero que ella tenga el poder de progreso, eso no se podría negar.

La cuestión que se nos plantea se encuentra, pues, en adelante netamente delimitada. Sentado que el hombre, a diferencia de los animales, posee un poder de tradición que es al mismo tiempo un poder de progreso, nos queda por buscar en qué consiste exactamente este poder. ¿Es de naturaleza orgánica, o de naturaleza espiritual? ¿Se debe, en parte al menos, a la transmisión hereditaria y a la fijación en la especie de los hábitos adquiridos por los individuos, o reside íntegramente en el legado espiritual que los individuos reciben, por la educación, en cada generación nueva? En una palabra, ¿qué es lo que crece, qué es lo que progresa? ¿Es el hombre mismo o es su patrimonio?

*
*
*

A primera vista, se estaría tentado a *decidir* el debate mediante una consideración muy simple: puesto que sólo el hombre es capaz de progreso, puesto que el animal es incapaz de él, la razón de esta diferencia debe ser buscada en aquello que pertenece como propio al hombre y lo distingue precisamente del animal, es decir, su naturaleza espiritual. Formulado así, el razonamiento es inatacable, porque está igualmente fundado en la lógica y en la experiencia. Pero no es seguro que las cosas sucedan tan simplemente. Si el hombre, único entre todos los animales, progresa, no es tanto en cuanto animal, sino en cuanto hombre, seguramente.

Pero ¿qué es el hombre? Algunos afirman que lo que llamamos en él el espíritu no es más que el desplazamiento de aptitudes orgánicas, que han quedado latentes en los animales, y que no agregan nada a la naturaleza animal. Sea lo que sea de este punto, sobre el cual tendremos que volver, es cierto que el hombre no es espíritu puro. El hombre es doble y *uno* a la vez: en él, el espíritu y el cuerpo, como lo decía Montaigne, están unidos con tan estrecha costura que es difícil *separarlos*. Hemos tomado el ejemplo de una tradición espiritual, la del cálculo infinitesimal; pero, para ser completo, no conviene añadir que, si Leibnitz pudo recibir de Pascal su descubrimiento e impulsarlo más lejos, es porque había detrás de él generaciones de cultura, que le habían transmitido una aptitud *mayor para el juego* de las ideas y para la adquisición de los sistemas de signos en los cuales la humanidad los ha fijado? Jamás se sabrá, sin duda, el latín al nacer, pero ¿quién nos dice que una larga serie de antepasados latinistas no facilite en sus descendientes la adquisición de este conjunto de signos que constituye la lengua latina? El problema permanece, pues, planteado, y es, se ve, de importancia, puesto que él yace en el corazón mismo de los problemas más debatidos hoy, sobre el acceso a la cultura, sobre la posibilidad o imposibilidad de consumir las etapas, sobre la necesidad de las *élites* y su acrecentamiento, sobre el porvenir de la democracia, en una palabra, sobre el progreso de las sociedades humanas, su naturaleza, su ritmo, su extensión y su cualidad, sin hablar de los problemas más altos que conciernen al origen mismo y al destino del hombre.

Examinemos, pues, los hechos, puesto que también los solos hechos pueden decidir en esta materia. Examinémoslos tan de cerca como sea posible, y sin prejuicio de ninguna clase.

Que los partidarios del progreso hayan creído en una perfectibilidad indefinida del hombre mismo, de sus facultades, de su organización física; y no sólo de su patrimonio, es cierto. Releamos la décima época de El Esquema de Condorcet sobre los Progresos del espíritu humano: «Nuestras esperanzas sobre el estado futuro de la especie humana, escribe, pueden reducirse a estos tres puntos importantes: la destrucción entre la desigualdad de las naciones; los progresos de la igualdad en un mismo pueblo; por último, el perfeccionamiento real del hombre». En el perfeccionamiento real del hombre, es donde propiamente reside, para Condorcet, el progreso verdadero. «Cuáles serán, pues, la certeza, la extensión de sus esperanzas, si se pudiera creer que estas facultades naturales en sí mismas, esta organización, son también susceptibles de mejorarse?... Sería absurdo suponer que este perfeccionamiento de la especie humana debe ser mirado como susceptible de un progreso indefinido», «que esta duración media de la vida humana debe crecer sin cesar, si revoluciones físicas no se oponen a ello?» Hay más: «las facultades físicas, la fuerza, la destreza, la perfección de los sentidos, no están en el número de estas cualidades cuyo perfeccionamiento individual puede transmitirse? La observación de las diversas especies de animales domésticos debellevarnos a creerlo, y podremos confirmarlo por observaciones directas hechas sobre la especie humana. En fin, pueden extenderse estas mismas esperanzas hasta las facultades intelectuales y morales? (1)

A estas esperanzas, que Condorcet no presentaba aún sino como conjeturas, la doctrina evolucionista parece haber aportado un fundamento sólido e inquebrantable, proclamando como un «hecho positivo», según la misma expresión de Lamarck, la transmisión en la especie, no

(1) Condorcet, Obras. ed. citada, T. VI, pag. 237, 273, 275.

sólo de aptitudes congénitas, sino de hábitos contraídos por el individuo, o, como se diría hoy, la inscripción patrimonial en el *germen* de los caracteres adquiridos por el *soma*. Así el progreso, tal como lo concebía Condorcet y tal como lo han concebido sus sucesores, sería un progreso de glándula a glándula o de huevo a huevo, un progreso continuo e infalible, donde se registrarían todas las adquisiciones de los individuos que han sido portadores de ellas.

Desgraciadamente, un estudio más riguroso y más profundo de los hechos no ha confirmado la tesis transformista de la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, ni las esperanzas que se han fundado sobre ella. M. Bergson lo había anotado desde 1907 con un gran vigor: «De que el hijo de un *perito en esgrima* haya llegado a ser, mucho más aprisa que su padre, un tirador excelente, no se puede concluir que el hábito del padre se haya transmitido al hijo, porque ciertas disposiciones naturales en via de crecimiento han podido pasar del germen productor del padre, al germen productor del hijo, crecer en el camino por el efecto del impulso primitivo y asegurar al hijo una disposición mayor que la del padre, sin cuidarse, por así decir, de lo que el padre hacía (1). En otros términos, no sería el hábito adquirido el que se transmitiría, sino la aptitud natural. Esta tesis que el autor de la *Evolución Creadora* presentaba entonces como probable, parece hoy definitivamente establecida. En efecto, entre las innumerables observaciones que han sido hechas a este respecto (2), la mayor parte han sido enteramente negativas, y, entre las otras, no hay una sola que haya aportado en favor de la herencia de lo adquirido una

(1) *Evolución creadora* p. 87.

(2) Ellas han sido largamente examinadas en mi libro sobre *El Hábito*. París Boivin. 1929.

prueba incontestable. Las famosas experiencias de Pavlov, tendientes a demostrar «la *facilitación*» hereditaria de algunas «reflexiones condicionadas» como la asociación del alimento a un sonido de timbre, en los ratones, estas experiencias, según la confesión misma de Pavlov (1), son muy complicadas e inciertas para que de ellas se pueda concluir la herencia del entrenamiento: el sabio ruso reconocía que la cuestión permanece abierta. En verdad, se puede preguntar si, ante los resultados negativos de las experiencias múltiples y prolongadas que han sido hechas a este respecto, especialmente en los Estados Unidos (2), la cuestión no debe ser considerada como definida, en el sentido de la no herencia de lo adquirido.

Se dirá, es cierto, que de tales experiencias no pueden sacar una comprobación definitiva, porque ellas no ponen en juego un tiempo suficientemente largo. Se invocarán, por ejemplo, los hechos de domesticación de los animales para demostrar que un hábito contraído por algunos individuos puede ser transmitido por ellos a sus descendientes hasta el punto de llegar a ser finalmente un instinto fijado en la raza. De una información minuciosa hecha por los educadores de perros *de muestra*, resulta que en efecto, en ciertos casos, se han visto cachorros muy seleccionados, cockers, Azul de Auvernia, Setter Laverack, traer naturalmente las perdices a su primera salida y sin que su amo hubiera hecho la menor señal. Estos casos, por otra parte, son excepcionales. No se producen sino en ani-

(1) En la traducción inglesa de mi libro *Reflexiones condicionadas* (of. *Ciencia*. LVIII, No. 1516, noviembre 1923).

(2) Miss Vicari: *Mode of inheritance of reaction time and degrees of learning in mice* (*Diario de Zoología experimental*, LIV, agosto 1929, p. 3188) Cf. J. Rostand, *De la mosca al hombre*, París, Fardquille, 1930.

males de pura raza y extremadamente seleccionados. Los perros cruzados deben ser adiestrados para que sirvan de muestra o traigan la presa, con trabas, cuerdas y collares de fuerza. Aun los mismos perros seleccionados deben comunmente ser adiestrados, aunque lo sean con más facilidad. Subsiste, sin embargo, el hecho de que en ciertos casos, algunos perros han traído la presa naturalmente. ¿Qué concluir de estos hechos? No parecen decisivos. Los casos más precisos han sucedido con los cockers o españoles de agua, para los cuales la relación está en alguna manera impuesta por la naturaleza de las cosas. Por otra parte, lo que está por explicar aquí, no es tanto la relación cuanto la familiaridad del perro con su amo; pero, parece bien probado que esta familiaridad, que está en la base de toda domesticación, tiene su origen, no en la transmisión de hábitos adquiridos, sino en una educación preliminar del animal, facilitada por una aptitud hereditaria, o, quizás, por una deficiencia original de una raza, deficiencia que se encuentra desventajosa en el animal y ventajosa en el hombre (así, el perro habrá sido en el origen un lobo degenerado, como la gallina una ave que volaba mal). El atavismo juega un papel innegable en la constitución de las razas, y ayuda poderosamente, todos los educadores lo saben, a la educación, o, más exactamente, al adiestramiento de un animal; pero, en realidad, y este punto es igualmente reconocido por todos los educadores, es muy difícil decir si es una *aptitud* natural o un *hábito* adquirido lo que los descendientes heredan, de la misma manera que en el comienzo de todo hábito durable hay siempre una aptitud congénita sobre la cual el hábito se injerta; es incontrovertible que esta transmisión, cualquiera que ella sea —transmisión de aptitud natural o de hábito adquirido— no puede ser obtenida sino

gracias a una selección rigurosa, dirigida por una voluntad humana, y de la cual no se tiene, a pesar de lo que de ella ha podido creer Darwin, ningún ejemplo en la naturaleza. Se puede pues concluir con una certeza suficiente que el progreso continuo de los perros de muestra, como el de los caballos de carreras, es debido, así como lo observa Cuénot (1), no a la acumulación de los efectos del entrenamiento, sino a la escogencia constante, como reproductores, de los animales que presentan la aptitud más marcada. Si los descendientes están en progreso, no es porque sus antepasados han sido *adiestrados*, sino porque eran *adiestrables* y porque se han eliminado siempre aquellos que no lo eran. Las aptitudes son hereditarias, como los instintos. Pero nada prueba que el hábito lo sea; todos los hechos conocidos tienden a probar, al contrario, que no lo es. Todo lo que se pudiera decir es que contribuye quizás, por una parte, a desenvolver las potencialidades o las aptitudes que una raza lleva en sí y a facilitar la educación que reciben los individuos. Pero todavía esto no está probado.

Apliquemos estas consideraciones al hombre. Aquí aun el desenvolvimiento de cada individuo a partir del huevo aparece como una refundición total, o casi total, en la cual desaparecen todos los caracteres individuales adquiridos en el curso de la existencia de sus ascendientes —todo, con la excepción de las taras que, *perteneciendo* al germen al mismo tiempo que al organismo, han alterado en los procreadores las fuentes de la vida y transmiten a su descendencia, bajo formas por demás diversas, una turbación profunda de la naturaleza del sér.— De este modo las esperanzas que los transformistas habían fundado sobre la transmisibilidad

(1) *Genesis de las especies animales*, 2.^a ed. París, Alean. 1921. pag. 342.

de los caracteres adquiridos se vuelven contra ellos, en la medida, limitada, en que los hechos les dan razón: moralmente, la vida, al mismo tiempo que se propaga y se mantiene, se renueva a cada generación, y es solamente en las condiciones anormales, es sólo cuando el hombre ha infringido las leyes de su naturaleza,— cuando las adquisiciones pasadas tienen una *repercusión* sobre su posteridad, porque los progresos realizados por un individuo en el curso de su existencia no aprovechan a aquellos que nacerán de él, mas las huellas de sus vicios los perseguirán de generación en generación (1).

Si, pues, nos colocamos en el simple punto de vista *de* en la descendencia física, las conclusiones a las cuales se llega no son consoladoras, y se corre el peligro de llegar a una conclusión singularmente pesimista del desenvolvimiento de la humanidad: regresión, no progreso, que la haría retroceder sobre una pendiente fatal, separando el mal del bien para no conservar sino el mal.

sin embargo
Por tanto una concepción tal no sería exacta, aun desde el punto de vista de nuestra descendencia orgánica. Hay otros hechos que muestran la posibilidad de un *afinamiento* de la raza. La herencia, sobre todo si se la ayuda por la selección, puede reforzar una aptitud congénita de un individuo y fijarla en una raza. Pero esta purificación o este perfeccionamiento de la raza permanece siempre bajo la dependencia de la voluntad y de la conducta del hombre; puede ser comprometido en un instante: aquí como dondequiera, el

(1) Este era, como nos lo enseña Ezequiel (XVIII), un proverbio corriente en Israel seis siglos antes de nuestra era. Pero, según el mismo profeta, Jahvé no admitía esta transmisión sino en lo físico, y en manera alguna en lo moral, como hacían los judíos, porque en moral cada uno no es responsable sino de sus actos.

hombre es señor de su destino. Y las aptitudes hereditarias nunca son más que la materia de un desenvolvimiento posible: si ellas facilitan este desenvolvimiento, no pueden, de modo seguro, reemplazarlo; ellas no bastan a asegurarlo, no lo gobiernan, no regulan el uso que se hace de él. El padre más sabio engendra hijos que nacen en la ignorancia, y el hijo no llegará nunca a tener la ciencia de su padre, ni podrá acrecentarla, si no aplica ante todo su fuerza de atención a lo que se le enseña. Desde el punto de vista moral, la cosa es más evidente aún. «Las más grandes almas, escribe Descartes, son capaces de los más grandes vicios así como de las más grandes virtudes». La naturaleza es ambigua: es la voluntad la que decide de la escogencia. Se hereda quizás cierta grandeza, cierta fuerza, ciertos recursos del temperamento que contribuyen, en algunos, a la grandeza de la virtud, — como contribuirían, en otros que están mal dirigidos, a la grandeza del vicio o del crimen— pero no se hereda la virtud, como tampoco se hereda el vicio, los hechos lo prueban. «Una madre que está exitada al amor de Dios por el movimiento de los espíritus que acompaña al recuerdo de la imagen de un anciano venerable», observa acertadamente Malebranche, «esta madre no puede producir en el cerebro de su hijo sino la imagen de un viejo y la inclinación hacia los viejos, lo cual no es el amor de Dios de que ella está tocada (1)». Igualmente, se puede heredar una aptitud musical, los Bach son testigos de ello, o, para hablar mejor, se heredan ciertas cualidades del sistema sensorio-motor que se traducen, como en los Franck, por aptitudes artísticas diversas; pero no se hereda el genio. El genio, como la virtud y la ciencia, son bienes que no se inscriben en el organismo y que no se transmiten por la generación:

(1) *Búsqueda de la verdad*. L. II, Cap. VII, parágrafo 6.

son bienes espirituales, que no se merecen sino cuando se responde a ellos por un dón de sí mismo, y, aun cuando puedan ser adquiridos, como la virtud o la ciencia, cada individuo, en cada generación debe volver a emprender su aprendizaje por su propia cuenta.

La virtud y la ciencia, estos patrimonios de la humanidad, no son, pues, en ningún grado, en el individuo, el resultado de hábitos adquiridos y fijados en la raza; apenas osaríamos decir que proceden de una aptitud orgánica, tanto la sobrepasan; son una conquista del espíritu, el fruto de la memoria y de la voluntad. No es el cuerpo, sino el alma de la humanidad, la que «subsiste siempre y aprende continuamente». Y es precisamente porque los animales, aun superiores, ni tienen memoria (en el sentido espiritual de la palabra), ni voluntad, porque viven en un tiempo estrechamente limitado hacia adelante y hacia atrás (1), porque están reducidos a sus instintos hereditarios y a algunos hábitos individuales, por lo que son incapaces de todo progreso: porque el instinto, que es transmitido, no es perfectible, y el hábito, que es perfectible, no es transmitido. El cuerpo, según la expresión profunda de Leibnitz, no vive sino en el presente. Solamente el espíritu retiene el pasado y avanza sobre el porvenir: no hay sino progreso espiritual, porque no existe sino tradición espiritual. Nuestro lenguaje, nuestra escritura y todo lo que procede de ellos, que constituyen el órgano de la tradición, no son la causa de esta tradición ni de este progreso humano: no son sino sus signos, signos que son nuestra obra porque nosotros los hemos hecho como tales. Y si el hábito juega en el hom-

bre un papel que no podría jugar en el animal, es porque, en el hombre, la voluntad se aplica a él, lo dirige y lo utiliza, para fines más altos, para fines espirituales. El espíritu hace al hombre y lo modela íntegramente.

* * *

De ahí se sacan consecuencias del más remoto alcance. No me detendré aquí sino sobre su aspecto práctico, y me contentaré con señalarlas en una palabra.

Si se entiende por «evolución» el desarrollo o el desenvolvimiento regular de lo que estaba contenido en el germen, es preciso decir que sólo con el hombre se manifiesta en el mundo viviente una evolución verdadera y un verdadero progreso. Esta evolución humana es el indicio de un orden absolutamente nuevo; ella es el efecto de una causa no biológica, sino espiritual; resulta, no de hábitos transmitidos, sino de educación recibida.

Estaríamos, pues, tentados a afirmar que sólo el hombre evoluciona, que sólo él progresa. Pero, a decir verdad, así como lo ha hecho observar el eminente naturalista de Montpellier, el profesor Vialleton, no es el hombre quien evoluciona, es su herencia que crece sin cesar (1). Y este crecimiento no se hace de manera automática: requiere de cada uno de nosotros un esfuerzo personal para levantar el edificio y perfeccionarlo, levantándose y perfeccionándose a sí mismo. Así, el individuo progresa, la humanidad recoge los frutos de su esfuerzo, y los transmite por la educación, sin que estas adquisiciones nuevas se transmitan jamás por sí mismas. Toda la historia del hombre y todo su por-

(1) Según la expresión de W. Koehler, *La inteligencia de los monos superiores*, trad. fr., Paris, Alcan, 1927, p. 258. Cf. Pierre Janet.—*La evolución de la memoria y la noción del tiempo*, Paris, Chahine, 1928, t. II, p. 219.

(1) *Miembros y cinturas de los vertebrados tetrápodos. Crítica Morfológica del transformismo*, Paris, Doin, 1924, p. 688.

venir se contienen en estas palabras, con lo cual se hace su grandeza y al mismo tiempo su debilidad. La grandeza: porque en el mundo viviente sólo el hombre es capaz de añadir sin cesar, durante el curso de su vida personal, al tesoro que ha recibido de sus predecesores y a aquel que su experiencia propia le ha permitido adquirir, gracias a su forma psíquica, tan individual como lo es su forma anatómica. La debilidad: porque estas añadiduras y estas superestructuras, si el esfuerzo que les ha dado nacimiento se debilita, corren el riesgo de disgregarse, en el individuo como en las sociedades mismas, por una regresión mucho más rápida que lo ha sido su desenvolvimiento, que las alcanza y las destruye en el orden mismo en que ellas se habían producido, y que conduce finalmente al hombre a su condición primitiva, o más bien por debajo de ella, porque, si la infancia es buena en su tiempo, el retorno a la infancia, para la edad madura, es una decadencia.

El naturalista que más ha estudiado el hecho de la adaptación y el problema de la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, M. Cuénot, profesor de la Facultad de Ciencias de Nancy, llamado por nosotros mismos a controlar el resultado de nuestra información, lo confirma por medio de este testimonio expreso, que se nos permitirá citar en toda su extensión, porque tiene gran peso. «Tengo por seguro que el progreso (si hay progreso) humano es exclusivamente debido a la educación y a la transmisión del patrimonio que la educación ha podido constituir en el curso de las edades, pero que no entra en él ninguna transmisión de caracteres adquiridos por la especie y heredados por el individuo. Suprimid en una generación la enseñanza religiosa y la enseñanza escolar, libros y educación familiar, e instantáneamente tornará a la edad de piedra

o aún antes: el hombre así educado (porque será preciso educarlo más todavía) no tendrá ya ningún hábito; no poseerá sin duda más que el hambre y el amor; todo lo que ha sido adquirido por el hombre después de millares de años será borrado, porque todo esto no puede transmitirse sino por educación (1)».

Suprimid la educación, no quedan en el hombre sino apetitos: apetitos que, entregados a sí mismos en ausencia de toda regla, tienden al egoísmo más desenfrenado, fuente de todo desorden, de toda injusticia y de toda guerra; pero apetitos cuyo desencadenamiento, en nosotros, sería más peligroso aún que en el hombre primitivo, porque se encuentran reforzados por el desenvolvimiento de las aptitudes, y por los progresos materiales, —mecánicos más que materiales— que los multiplican satisfaciéndolos. No vamos a mirar muy lejos de nosotros para ver realizadas este conjunto de circunstancias terribles y asistir a la descomposición de una sociedad en donde, según una confesión significativa, no se sabe ya reír, porque se ha matado en ella la alegría de vivir, dando muerte al ideal.

No nos dejemos pues adormecer en la consideración perezosa de que el progreso humano es un progreso adquirido, registrado en la especie, transmitido automáticamente, por tanto al abrigo de toda sorpresa: esta consideración perezosa, es una consideración errónea, que procede de una falsa metafísica ayudada por una falsa ciencia. Como las cosas preciosas y raras, la civilización humana, esta resultante sin precedente, es frágil entre todas, y el progreso humano es eminentemente precario: no se transmite con la vida, debe ser reconquistado por cada generación. No es impuesto por

(1) Carta de L. Cuénot al autor, del 12 de diciembre de 1928.

nuestra estructura física: depende de nuestra estructura moral; y esta estructura moral, a su turno, depende, en buena parte, del medio moral, quiero decir, del conjunto de las ideas, de los sentimientos, de las costumbres, de las opiniones, de los juicios de valoración comunmente recibidos. Pero el medio moral tiende constantemente a abajarse, y se abajaría sin cesar, si no estuviera mantenido por los grandes centros de educación moral y de vida espiritual que lo iluminan y lo alimentan, si no estuviera levantado por las almas de la *élite*, los héroes y los santos que, mostrando a la humanidad lo que ella puede ser, le indican lo que debe ser, si no estuviera sostenido, en fin, por la creencia en el valor trascendental de El Bien, en la existencia de una ley suprema, superior a las sociedades como a los individuos. Así nuestra tarea es clara: sí es cierto que todo el progreso humano, y con el, toda la civilización humana reposan sobre las fuerzas espirituales y se desvanecerían con ellas, cada uno de nosotros tiene el deber de salvaguardar, primero en sí mismo, después en la sociedad, tanto cuanto pueda, estas fuerzas espirituales que constituyen nuestro viático y que son nuestra vida misma. La suerte de la humanidad depende de ellas: y esta suerte está en nuestras manos.

JACQUES CHEVALIER

Sesión del 26 de octubre de 1929.

